

francesa, de semblante agraciado y maneras francas, suaves, y de buena sociedad. *Monseñor* hace un papel muy principal en la ciudad y en el país; no hay estamperia en que no se encuentre el retrato de *Monseñor* ni casa de cura donde el retrato de *Monseñor* no ocupe un lugar preferente. Cuando *Monseñor* entraba en el local donde se hacia la distribucion de premios á los alumnos de la *escuela cristiana*, un grito unánime de dos mil gargantas infantiles le saludaban diciendo : « ¡ *Vive Monseigneur l'Archevêque! Vive le protecteur des enfants!* » Cuando asistia á los de las alumnas pobres de las religiosas de Sta. Teresa, faltaba poco para que á su entrada se sacase en procesion la imágen de la santa fundadora para recibirle. Mi paternidad tuvo ocasion de hablar á *Monseñor*, y en la conferencia eclesiástica semanal que bajo su presidencia se celebra, anduvo rodando el nombre de Fray Gerundio mezclado con la cuestion de los límites del sacerdocio y el imperio, de que gracias sean dadas á su bondad no salió mi reverencia mal librado.

**Si quieres silla, daca la monedilla.**

Réstame hablar de otra costumbre universalmente seguida en los templos católicos franceses; costumbre que está muy en armonía con el móvil de todas sus acciones y pensamientos, la moneda.

Hay en cada iglesia un surtido de sillas para el uso de los fieles; as cuales, concluida la funcion, se amontonan en un rimero dentro de la iglesia misma, lo cual hace una vista desagradable, poco decente, y opuesta al decoro del culto. Estas sillas se arriendan en uno, dos ó tres sueldos cada una segun la naturaleza de la funcion, y obra en cada iglesia una tarifa en que se marca el precio de cada silla, como pudiera marcarse el derecho de introduccion de cada mercancía en una ciudad, concebido poco mas ó ménos en los términos siguientes :

**PRECIO DE LAS SILLAS.**

En una misa rezada . . . . .	2 sous.
En una misa cantada . . . . .	3 »
En una misa de primera clase, con sermon. . . . .	5 »
En vísperas comunes . . . . .	2 »
En vísperas solemnes. . . . .	4 »

Y así de lo demas. Al medio de la misa una ó mas mujeres con un saco en la mano va cobrando la contribucion de cada concurrente, ni mas ni ménos que pudiera hacerlo un cobrador de

banco, ó como pudiera un titerero ir recogiendo de cada asistente á su espectáculo el contingente en que tasó el derecho de entrada; y no hay remedio, « si quieres silla, daca la monedilla. » Hasta los templos han hecho los franceses lonjas de comercio.

Mas de una vez amenazó la silla de Tirabeque á las costillas de la cobradora, y solo á fuerza de sermones y reprimendas pude conseguir que se fuera poco á poco amoldando al derecho de tarifa.

**El castillo de Montesquieu.**

Al otro dia se dispuso entre varios amigos una expedicion al castillo ó palacio donde nació y habitó el inmortal Barón de *Montesquieu*, distante tres leguas y média al Sur de Burdeos, y un tiro de bala á la derecha de la *Brede*. Á esto no me pareció oportuno llevar á Tirabeque.

La mañana estaba suave y apacible, y las huertas, jardines, bosquecillos, viñedos, pabellones y casas de campo que se encuentran en el camino se dejaban ver desde nuestro carruaje en toda su belleza. La temperatura del dia animaba la conversacion, la conversacion animaba al conductor, y el conductor animaba los caballos; de suerte que con todas estas animaciones hicimos el camino sin sentir, y llegámos al pequeño pueblo de la *Brede* con los mejores ánimos para almorzar. Hicimoslo muy decentemente en el *Hôtel de Montesquieu*, donde *Madame Dessombs* acertó á improvisarnos un discurso lleno de sólidos y sabrosos principios con sus correspondientes adiciones, enmiendas y subenmiendas de postres que no nos dejó nada que desear. *Madame Dessombs* correspondió perfectamente á la confianza de sus comitentes.

Y aquí, en obsequio de la verdad y de la Francia debo decir, que no hay aldea miserable donde el viajero no pueda prometerse encontrar un hotel y un servicio de mesa tan decentes y esmerados como pudiéramos desear en España en cualquier capital de provincia.

Aprobada por el regente del hotel nuestra contestacion numeraria á su discurso de artículos de consumo, y dejando el carruaje en la *Brede*, nos encaminámos á pié hácia el castillo, sirviéndonos de guia por las frondosas calles de árboles que á él conducen, una niña de 10 á 12 años, que aunque de una cuna humilde, como lo atestiguaban sus piés descalzos y su sombrerito de paja, mostraba una amabilidad y un despejo que parecia haber alcanzado á su educacion la influencia del *Espíritu de las leyes*. — « Vuélvete,

niña; que ya se ve desde aquí el castillo. — Ah, perdon, señores, yo debó acompañar á Vds. hasta allá, porque podrán Vds. equivocar la entrada. » Lo haria si se quiere, por la esperanza de recibir un par de sous mas, pero el resultado es que esta amable obsequiosidad que se ve hasta en las criaturas, no puede ménos de agradar sobremanera al extranjero.

El castillo de Montesquieu es uno de aquellos monumentos cuya sola vista causa impresion honda y sublime de recuerdos y de filosóficas contemplaciones. Colocado entre majestuosos bosques, espesos viñedos y alegres praderas, con sus almenas y sus cubos, sus puentes levadizos y sus anchos fosos cuyas aguas le circundan, presentan un cuadro sublime en que lo severo disputa sus encantos á lo risueño y alegre, en que las ideas de las leyendas del siglo XVI alternan con las graves sensaciones del *Espíritu de las leyes*, con las profundas de las *Causas de la grandeza y de la decadencia de los romanos*, y con las ligeras y punzantes de las *Cartas persianas*, que allí nacieron en el siglo XVIII.

« Tal vez bajo este árbol, decia yo, conversó algunos ratos en el *patois gascon* del país con el humilde labrador de la Breda *el legislador del género humano*, como le llama con disimulable exageracion un escritor cómpatriota suyo. Tal vez á la sombra de este roble se ocupó en dirimir sus querellas ó en resolver sus consultas como de costumbre tenia. »

Entrámos en el castillo, y no bien habíamos llegado al primer patio, cuando entró tambien el baron de Montesquieu, nieto y sucesor del escritor insigne, con sus jóvenes hijas. Despues de los saludos de urbanidad y ordenanza, un frances de nuestra comitiva le manifestó que yo era un español, escritor tambien (aunque indigno), que queria tener el gusto de visitar con su permiso la morada de su ilustre progenitor, pagando en ello el tributo debido á la sabiduria y á la virtud. El Barón nos otorgó su beneplácito, y señalándonos á una de sus sirvientas y diciendo que la siguiéramos, nos hizo un cumplimiento de despedida con la cabeza, y se subió con su familia. Nosotros, en observancia de su insinuacion, seguimos á nuestra *servicial* castellana, que nos condujo á una habitacion del piso bajo, que habia sido la vivienda del escritor inmortal.

Compónese esta de tres ó cuatro piezas cuyo pavimento y paredes son todas de madera. En ellas se conserva todo el menaje de casa tal y conformè se hallaba á la muerte de su habitador ilustre. La cama con sus ropas, las cortinas y pabellones, las sillas, las

mesas, los juguetes y hasta la cuna en que fué mecido, todo se conserva en el mismo ser y estado en que él lo uso desde su infancia hasta su muerte. Yo Fray Gerundio lleno de curiosidad hácia todo lo que tenia relacion con el grande hombre, dirigia mil preguntas á la *Cicerona* que nos habia endosado el Barón del año 41 del siglo XIX, pero ella á todo respondia : « *je ne sais pas* : » con lo cual me convencí de que mejor que á preguntas de la historia tradicional de un sabio me hubiera respondido si la preguntara cómo se hácia un *fricandeau* con tomates, ó una costilla de carnero á la salsa blanca, y que sin duda su amo habia creído que los extranjeros íbamos á visitar la cocina, y no la morada de su progenitor. Yo esperaba sin embargo que él mismo bajaria, y entónces podria satisfacer mi curiosidad.

Afortunadamente el frances que nos acompañaba conocia bastante aquel lugar y toda su tradicion. « ¿Veis, Fray Gerundio, me dijo, esta piedra de la chimenea gastada y rebajada como á tres cuartas del suelo del continuo roce que se conoce ha tenido? — En efecto que sí. — Pues bien; aquí es donde, sentado en esta silla, fijaba el pié el ilustre baron de Montesquieu, y aquí es donde, en esta postura al calor de la lumbre se pasaba largas horas escribiendo las obras que le hicieron inmortal. »

Entónces yo sentándome en la misma silla y fijando el pié en el propio sitio en que el célebre publicista á fijarle acostumbraba, « aquí, decia yo entusiasmado, aquí nació aquel Código de derecho de las naciones, que él tituló humildemente *Espíritu de las leyes* : aquí se escribió acaso el profundo artículo de *Alejandro* : aquí el de *Cárlo Magno*, que en solas dos páginas encierra mas principios de política que todas las obras de Baltasar Gracian : aquí el de la *Esclavitud de los negros*, en que bajo el disfraz de una ironía festiva se encierran mas admirables reflexiones de humanidad que en un serio y pesado volúmen : aquí se escribieron acaso aquellos pensamientos sublimes de libertad que tan mal siguen despues de dos siglos las naciones que se dicen mas libres : aquí las *Causas del engrandecimiento y decadencia de los romanos* ; obra que en expresion de un escritor ilustre no la hubiera hecho mejor un romano de los tiempos florecientes de la república que hubiera reunido el alma de Tácito y la imaginacion de Corneille : aquí la fina y delicada sátira de las *Cartas persianas*, en que fué lástima vertiera algunas ideas poco religiosas que con razon le produjeron el desvío del piadoso cardenal de *Fleury*, á pesar de que algo lo cohonestó con haber dicho al tiempo de morir que

siempre habia respetado la religion, y que « la moral del evangelio era el mas bello presente que Dios habia podido hacer á los hombres : aquí en este mismo sitio..... »

Pero nuestra conductora, que acaso estaria ya temiendo que durante mis meditaciones se le pegara el guisado, vino á interrumpírmelas preguntando si gustaba escribir mi nombre en el libro de los visitantes. En efecto, sobre una mesa tienen un libro en que los curiosos que van á visitar aquella venerable morada suelen escribir sus nombres al pié de algun pensamiento dedicado á la memoria de su célebre habitador. Habia un numeroso catálogo de nombres franceses, muchísimos de ingleses, muchos de otros países, y poquísimos, muy contados de españoles. Yo tambien consigné el gerundiano nombre debajo de un corto tributo de « honor, admiracion y respeto al inmortal autor del Espíritu de las leyes : » y hecho lo mismo por los de la gerundiana comitiva, y escritos unos cuantos caracteres de plata en las manos de nuestra lega Cicerona, que fueron aprobados sin discusion por el jurado de sus cinco dedos, salimos de aquella respetable mansion sin que hubiese parecido Monsieur el descendiente del baron de Montesquieu, y con el disgusto de no haber podido ver su heredada y rica biblioteca.

Extrañando mi paternidad el comportamiento del Sr. baron con unos extranjeros que hacian un viaje solamente por pagar un tributo de su respeto á la memoria de un ascendiente suyo, en lo cual suponía yo que tendria un placer, exclamó uno de aquellos hermanos : « ¡ Ay, P. Fray Gerundio ! hombres hay que tienen la suerte de no heredar de sus antepasados mas que el título y las tierras de labor ; si quiere Vd. un ejemplo de la degeneracion de las castas, aquí le tiene Vd. en la corta línea de abuelo hasta nieto, en el corto espacio que divide el piso alto del que acabamos de visitar : el abuelo haciéndose querer por su amabilidad y dulzura en la sociedad, como captándose la admiracion por la grandeza de sus obras en el mundo de las ciencias ; el nieto dando una criada por conductora á los extranjeros que vienen á rendir admiracion á la memoria de su abuelo : el baron del siglo XVIII dulcificando las penalidades de los infelices aldeanos y colonos ; el baron del siglo XIX meditando cómo acrecerá las rentas de las tierras de pan llevar : el publicista filósofo echando los cimientos de una legislacion nacional y libre para el gobierno de los pueblos ; el propietario de la *Brede* soñando con el triunfo de los legitimistas, y temblando siempre con el miedo de una

revolucion en que pueda padecer la riqueza y la propiedad..... »

Un aviso de apremio mandado por monsieur el cochero sobre lo adelantado de la hora, cortó la antítesis de los barones, y obedeciendo todos al superior mandato, nos metimos en nuestra *cabaña rodante*, como la llamaba el *Chactas* de Chateaubriand, y dimos la vuelta á Burdeos.

#### Aventuras de un dia de ausencia.

Medianamente habia pasado Tirabeque aquel dia, segun me dijo, echando de ménos á cada instante la presencia de su amo. Habianle sucedido una porcion de aventuras, la mayor parte por efecto de haber tenido que entenderse él solo con extranjeros en un idioma que no poseia ciertamente en el mayor grado de perfeccion.

Desde la hora de almorzar habia empezado á sentir los resultados de los infinitos *quid pro quo* que en sus explicaciones comedia, en cuyos cambios perdió unas veces y ganó otras. Habia comenzado pidiendo un par de huevos, y en su lugar le presentaron una perdiz, de lo cual infirió que en el extranjero era una cueña el no ser bien entendido, especialmente habiendo un amo sobre cuya bolsa recaia la responsabilidad del exceso en gastos de partidas equivocadas. No fué tan feliz en el segundo plato, puesto que por pedir pescado pidió veneno, cosa no muy extraña en un recluta de idioma frances, por la mucha semejanza en la pronunciacion entre *poison* (veneno) y *poisson* (pescado) ; pero como él no sabia la significacion de la primera voz, y yo no habia tenido la precaucion de advertírselo, parece que se entabló entre él y el garzon Antonio una polémica bastante acalorada, diciéndole este : « perdone Vd., Monsieur Pelegrin, que aquí no se sirve *poison* á nadie. — ¿Cómo que no? replicaba Tirabeque : ¿no acaba Vd. de servirselo á este Monsieur que está almorzando aquí á mi derecha? ¿Ó piensa Vd. que los españoles no tenemos ojos en la cara? — Perdone Vd. que eso no es *poison* sino *poisson*. Si le diera á Vd. *poison*, se moriria Vd. infaliblemente, y la responsabilidad caeria sobre mi. — Pues mire Vd., yo quiero morirme con el *poison* que está comiendo aquí este ciudadano de al lado, y si me muero, yo le relevo á Vd. de toda responsabilidad : cuando me vayan á tomar declaracion diré que no me le dió Vd. sino que le tomé yo mismo. »

El bueno de Antonio, en quien deberia haber mas de socarro-

nería que de falta de comprensión, llevó el pescado á Tirabeque, que sin embargo aquel día no las tuvo todas consigo, recelando si en efecto habria comido algo que pudiera hacerle mal. En seguida pidió una taza de café, y cuando él esperaba que le llevaran manteca, que creyó haber pedido, se encontró con una botella de cerveza, y le faltó poco para romper con ella los cascos á Antonio, achacándolo á que queria divertirse á costa suya, cuando toda la culpabilidad habia estado de parte de él por haber trastocado las voces *bière* y *beurre*. Con estas y otras equivocaciones habia tenido el pobre Tirabeque un almuerzo azaroso y de continuo chocar con el *garzon*.

En seguida salió á hacerse la barba, para lo cual, aunque habia oido nombrar mucho y aun leído muchas veces la muestra de la peluquería de *Bessieres* (1), no quiso ponerse en sus manos sospechando si aquel *Bessieres* seria el mismo general que tan ingratos recuerdos habia dejado en España, y que por término de su carrera habria venido á parar en peluquero. Y por esto y por estar vecino, en la misma calle *d'Esprit des lois*, prefirió la de *Mr. Desclaux*. Preguntóle desde luego el artista si iba á cortarse el pelo, y como úsase la frase de « *la taille des cheveux*, » me refirió Tirabeque que le habia respondido : si Sr., ciertamente que aquí son de buena talla los caballos (confundiendo el *cheveux* cabellos con el *chevaux* caballos, y el *taille* corte, con el *taille* talla), lo cual me aseguró que habia producido la mas graciosa escena entre el peluquero y él, primero que habian logrado comprenderse.

Al fin le hizo la barba, y seguidamente sin prevenirle de modo alguno, comenzó á sacarle las canas de barba y cabello con unas pinzas, sutileza que él no esperaba y que le hizo saltar de la silla, hasta que se enteró del objeto de la oficiosa operacion. Segun cuentas que ajustó despues, le salió á dos *sous* cada cana que le echó al aire el peluquero ; item mas, catorce ó diez y seis francos que empleó en potes de pomada, jabon de olor y otras chucherías, no habiendo podido resistir á la charla insinuante y cuasi coactiva de *Mr. Desclaux*. Si bien es verdad que este en cambio tuvo la atencion de regalar al parroquiano un programa de la fiesta que celebraba aquella noche el gremio de peluqueros.

(1) En Francia se ejercen simultáneamente las dos profesiones composilógicas, barbería y peluquería, cosa mas conforme á la analogía de las dos artes que la costumbre española de encomendarse la primera á los aprendices de cirujano.

Con este motivo, y para consolarle de estas y otras aventuras de aquel día, tal como la que le pasó con uno de los judíos cambiantes de moneda, y otra con el zapatero por no haber acertado ni con la horma ni con la forma que exige la particular estructura de su pié cojo, determiné aprovechar tan buena ocasion y oportuna coincidencia, llevándole á la mencionada funcion.

#### La fiesta de los peluqueros.

Acostumbran los artistas y artesanos bordeleses á celebrar por aquella estacion sus fiestas populares divididos en clases, gremios ó profesiones. Tocábale aquel día á la de maestros peluqueros, reunidos en número de 30 ; algunos días despues tuvieron tambien la suya los oficiales del mismo arte.

Los dos sitios destinados á la celebracion de estos regocijos eran los *Campos Eliseos* y la *Renaissance de Vincennes*, que es como si dijéramos en Madrid el *Jardin de las Delicias* en el paseo de Recoletos, y el de *Minerva* en *Chamberi*, lugares de *gaudeamus* y recreo para caballeritos de prima tonsura, damas meritorias, y gente de entre merced y señoría.

Franqueósenos la entrada mediante la modicísima retribucion de seis sueldos por persona. Una abundante y vistosa iluminacion de vasos y farolitos de colores colocados con arte y simetría en las calles de árboles de aquellos vastos jardines hirió nuestra vista agradablemente : bueles y tirabuzones luminosos con que los peluqueros habian sabido ataviar ingeniosamente las cabelleras de los árboles. Sin embargo, como el jardin era tan extenso, aun quedaba mucha parte por iluminar, y no era por cierto la ménos concurrida de gentes, que en todas partes hay quien haga del oscurantismo un sistema de especulacion, y no son sólo los ministerios de Hacienda donde se huye de la pública subasta para celebrar contratos y sacar mas partido de la negociacion. Concurridísimos estaban los *Campos Eliseos*, tanto de *grisetas* como de galanes de mezela gris, y como de aldeanas de escofetías superlativas.

Entrámos en el grande y espacioso salon de baile, donde el partido del movimiento dominaba sin oposicion. En los walses y rigodones se advertian unas ideas tan exageradas, unos proyectos de postura, unas proposiciones de piés, unas enmiendas de contorsiones, unas actitudes tan extrareglamentarias, y unos trajes tan de nueva legislacion, que al golpe se traslucía ser una fiesta de

peluqueros. Sin embargo, nada habia allí de *descabellado*; eran peluqueros, y de ningun modo hubieran consentido nada que á *descabello* oliese. Nada de desórden tampoco, á no incurrir en la pena marcada en el artículo único del bando de policía comunicado por medio de un robusto y extenso renglon que en derredor del salon se leia y decia así: « *Il est défendu des gestes et des actions indécentes : ceux qui les feront seront immédiatement faits sortir du salon* : está prohibido hacer gestos y acciones indecorosas : los que las hicieren serán obligados á salir inmediatamente del salon. » No nos prometíamos nosotros otra cosa de un gremio de peluqueros, cuyo lema *capital* es la decencia y el aseo.

El corazon de Tirabeque bailó tambien un rigodon de alegría al oír tocar á la orquesta la sinfonía del *contrabandista español*, oída la cual nos salimos á ver á un hombre que tenia entretenido un numeroso concurso á su derredor con juegos de manos (porque funcion sin su *joueur de gobelets* en Francia sería manca y defectuosa), sobresaliendo entre ellos el pasarse una barra de hierro candente por la mano, é introducirla despues por la boca y garganta; incombustibilidad, que como observó Tirabeque, mas que en los *Campos Eliseos* le podia ser provechosa en los *infiernos*, si acaso estaba destinado á dar allí algunas funciones.

Hubo despues su globo aerostático, á cuya elevacion reparó Pelegrin que las gentes se quedaban con la boca abierta como en España; concluyendo la funcion con unos lindos fuegos artificiales, cuyas flámulas eran casi de tan variados colores como los partidos políticos españoles.

#### Las Montañas rusas.

Pero lo que mas le agradó de toda la diversion fueron las *montañas rusas*, especie de montañas artificiales, inventadas por *Mr. Populus* de Paris en 1816, así llamadas por la semejanza á las montañas de hielo que suelen hacer los rusos para divertirse en los inviernos resbalando suavemente por ellas sentados sobre una piel ó en un asiento muy bajo. En estas de Francia, que son de madera, y que han constituido el furor de las diversiones populares por muchos años, se desciende rápidamente desde una enorme altura en pequeños carritos cuyas ruedas no pueden salirse de los carriles por donde bajan. La velocidad con que se desciende es tan rápida, que casi llega á pararse la respiracion y á perderse los sentidos, pues no se tardará mas de un minuto en

bajar el cuarto de legua que tendrá de distancia la montaña entre los giros y conversiones que hace desde la cúspide hasta el suelo; pero hay gentes tan ejercitadas en estos juegos, que bajan con la mayor serenidad, y con tal confianza, que á veces se arrojan dos personas simultáneamente y descienden por los dos carriles en pié y abrazadas sin desasirse en toda la carrera.

Tirabeque lo miraba embobado, y me decia : « Sr., esto sí que es progreso rápido, y no todo lo que se conoce por allá; esto es mas que republicano, Sr. — Sí, pero dura poco, Pelegrin; y así como el que mucho abarca poco aprieta, así tambien el que mucho corre pronto para. — Sr., yo querria echar una carrerita, no cuesta mas que cinco *sous*, y por otra parte no debe haber cuidado cuando hasta mujeres bajan por la montaña. »

Echó en efecto Tirabeque su par de carreras, y hubiérase estado corriendo por la montaña rusa hasta otro dia si yo no le hubiera dado la órden de retirarnos á descansar.

#### El Cementerio.

En un pueblo en que tan cómodas, anchurosas y elegantes viviendas disfrutan los vivos, no era regular que tuviesen una mezquina morada los muertos. Grande y suntuoso es en efecto el cementerio católico de Burdeos; acaso es el segundo de la Francia, y no tengo noticia de que haya en España alguno tan magnífico como él. Poblado de árboles frondosos y sombríos, simétricamente colocados; únicos amigos, que despues de haber servido al hombre de recreo y solaz en la vida, no se desdeñan de acompañar asiduamente sus cenizas en la muerte; dividido en anchas calles que parten en cuadros aquella ciudad de difuntos, á cuyas orillas se elevan grandiosos mausoleos de piedra de variadas y caprichosas formas, y de gusto mas ó ménos elegante, dejando en medio millares de negras y humildes cruces entre apiñados arbutos que crecen tambien humildemente sin órden ni alineacion, signo de la clase pobre á que pertenecieron los que yacen al pié de ellas, que hasta al sepulcro llevan los hombres el orgullo de la distincion de jerarquias y la ostentacion de las riquezas, como intentando disputar á la muerte el derecho de igualarlo todo; pendientes acá y allá de los brazos de las cruces y de las puntas de las pirámides multitud de coronas de perpétuas y rodeados muchos sepulcros de pequeños jardinitos de amarillas y moradas flores, se tendria por un bello paseo de recreacion, si donde quiera que